

estableció hospitales en una hora en que estos vivían su peor época. Según un informe de doctor Laureano Villanueva (1840-1912) en esos días los hospitales “eran casa inmundas, en donde se hacinaban los infelices que no tenían dónde morir. Eran lugares de depósitos para proveer cementerios, pues, todos estaban mal servidos en la parte facultativa, sin administración, higiene, ni recursos de ninguna especie, sucios, hediondos y con edificios en ruina”. Si esta era la situación de los hospitales de Caracas se podrá colegir como estaban los de provincia, en un país afectado por males endémicos que aniquilaban a la población y viviendo otra enfermedad incurable: la guerra civil. De allí el sentido casi heroico que significó establecerlos. La valentía del alma que significó actuar, como lo hicieron Laura y sus compañeras, en los días de la “Revolución Libertadora” (1901-1903) mientras transcurría en La Victoria la larga batalla de aquella contienda (octubre 22 noviembre 2, 1902).

Tales los rasgos que le han servido de peana a la hora de subir a los altares, como la primera Beata aquí nacida. Desde al conciencia entregada a Dios, a los demás, hacia el otro, hacia nuestro hermano. Esto hizo Laura, a quien desde muy atrás se conoció como una taumaturga, como una persona que producía prodigiosos dones.¹

Caracas:

mayo 10-23, 1995

LOS PRINCIPIOS DE LA HISTORIOGRAFÍA CIENTÍFICA EN GRECIA ¹

POR ALFONSO ORTEGA CARMONA*

El vocablo y concepto de Historia tiene su cuna lingüística en Grecia. Extraño puede parecer que en un acto en que se da a conocer una *Introducción al primer poeta de Occidente*, a Homero, impresa en Caracas, gracias a la generosidad de la Academia Na-

¹ Para la redacción de este artículo nos hemos basado en Manuel Pérez Villa: “Alvarado Cardozo, Laura” en *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar, 1989, t. I, p. 116; Ignacio: “Que el espíritu de la Madre María nos guíe”, en *El Diario de Caracas*: mayo 6, 1995, p. 22; Lidia Rebrij: “Madre María de San José”, en *El Nacional*, Caracas: mayo 7, 1995; los datos sobre las actividades de los Arzobispos de Caracas los hemos tomado de Monseñor Nicolás E. Navarro: *Anales Eclesiásticos de Venezuela*. 2a. ed. aum. Caracas: Tip. América, 1951. XLVI, 579 pp.; Monseñor Constantino Maradei Donato: *Venezuela: su Iglesia y sus gobiernos*. Caracas: Trípod, 1978. 223 pp.; los datos sobre las leyes, de Tomás Enrique Carrillo Batalla: *Historia de la legislación venezolana*. Caracas: Academia de Ciencias Políticas y Sociales, 1984-85. 3 vols.; sobre los cambios legales femeniles, Irma De-Sola Ricardo: “Intervención en el foro 40º aniversario de los derechos políticos de la mujer venezolana” en *Correo cívico femenino*. 2a. ed. Caracas: Congreso de la República, 1987, p. V-X; el texto del informe del doctor Laureano Villanueva está tomado de Ricardo Archila: *Historia de la medicina en Venezuela*. Mérida: Universidad de Los Andes, 1966. 409 pp. aparece en la p. 246. La información sobre la realidad hospitalaria venezolana para la época la tomamos de la misma obra (p. 245-246); la mención a Nicolás Maquiavelo produce de sus *Discursos sobre Tito Livio*. El pasaje citado se lee en el apéndice de *El príncipe*. Madrid: Espasa Calpe, 1981. 167 pp. Ver en este caso las pp. 160-161.
Catedrático de Griego. Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia de Salamanca (España).

cional de la Historia y de su director de publicaciones, el humanista D. Guillermo Morón, se atreva un filólogo helenista a reflexionar sobre los orígenes del pensar histórico en Grecia. Esta osadía rozaría ya los límites de lo tolerable si recordáramos, entre otras objeciones razonables, la afirmación del autor de *La Decadencia de Occidente*, Oswald Spengler, para quien los griegos fueron entre todas las naciones de la tierra *el pueblo ahistórico, sin sentido de la Historia*, en paragón con el romano, quien del poeta Virgilio recibió la fórmula literaria de su ejercida consciencia histórica: gobernar el orbe, asentar la paz, imponer las artes y debelar a los que a esta misión se resistan. Consciencia asistida siempre, en la visión poética, por la voluntad del padre de los dioses. Nada de esta concepción, experta del pasado y previsor del futuro, radicalmente histórica, encontramos en los pueblos helenos.

Con todo, cabe presumir que quien inventa una palabra tiene asimismo idea de su realidad y contenidos. También podemos admitir legítimamente que la fuerza conceptual del término *historia*, es decir, del lenguaje en sí, apunta a nuestro sentido moderno de la Historia, el acontecer en el tiempo, algo indeterminado y complexivo, para cuya representación la lengua griega, frente a nuestro aislado vocablo del tiempo, ofrece nada menos que cuatro expresiones distintas: *Chrónos, aión, kairós y hora*, la sucesión universal, el marco temporal de la vida, el instante oportuno, la sazón de una cosa en el tiempo, préstamos griegos a la lengua latina.

Pero mucho más importante, para eliminar espenglerianas objeciones, es la existencia del vocablo *historía*: primeramente *testimonio ocular*, después *conocimiento, investigación* que exige intervención personal, autóptica y por último lo que conocemos como historia del hombre, sin duda lo que entendemos hoy por Historia tuvo su auténtico comienzo en Grecia y allí alcanzó su perfección primera. Con esta radical originalidad griega de lo histórico sólo puede competir la otra gran creación del espíritu helénico, la Filosofía. Historia y Filosofía, nacidas casi simultáneamente en el tiempo, en la misma atmósfera intelectual de la Jonia griega, a lo largo de las costas del Asia Menor en el siglo VI antes de nuestra era, no tienen antecedentes comparables. Estos dos impulsos geniales tienen que ver con la voluntad y la energía de asegurar todo lo que el hombre es por naturaleza, lo que experimenta como criatura en el tiempo y hace realidad humana practicable, y lo convierte en posible modelo orientativo.

En innegable que otros pueblos han vivido, padecido y hecho historia antes de los griegos: Egipto y Babilonia, las Crónicas sagradas de los templos egipcios, judíos y asirios, a veces con altísima consciencia de los hechos y de los acontecimientos. Pero en la mayoría de los casos son, sin más, monumentos históricos; representan acontecimientos, no *historia*.

Para que haya historia, como nosotros entendemos y practicamos, sea como ciencia o como arte expresa en forma literaria, es decir, conscientemente destinada al público y al futuro, no basta con los acontecimientos y los hechos en sí, sino con todo el acontecer humano contemplado en su totalidad. Más allá de los hechos, de los azares aparentes y de los momentos relevantes, la Historia quiere extraer a la multitud de los hechos su coherencia y sentido interno. El impulso histórico consiste en reunir, configurar, estructurar e interpretar. Sin la pretensión de continuidad, de concentración unificadora, de trabazón densa de las experiencias de la vida en una sinopsis abarcante de acontecimientos, descubiertos como centrales y entre sí congéneres, no existe la Historia.

No podemos negar que haya habido en algunos pueblos iniciativa para este concepto de lo histórico, como en los Libros de los Reyes del Antiguo Testamento y en China, que desarrolló en propio suelo y desde el propio destino una historiografía sig-

nificativa. Pero nada ofrecen estos ejemplos comparable al sentido de unidad comprendido en nuestro concepto de Historia.

Como ocurre en otras grandes creaciones del espíritu, no nace la Historia como planta súbita, como un repentino capítulo de la Historia de la Literatura, cual no barruntado producto de una pluma mágica. No se trata simplemente de una genial creación de arte literario o de una ciencia singular.

La concepción de la primera obra de Historia en Occidente supone una profunda transformación en la consciencia del hombre, una de esas tres o cuatro revoluciones de la inteligencia, ocurridas a lo largo de la universal existencia humana. Para poder escribir Historia hay que aprender primero a ver y sentir históricamente, a tener consciencia de *historia*, de *testigo ocular* que trasmite un testimonio unificador de sentido a múltiples aconteceres. Sentir históricamente sólo puede convertirse en *necesidad obligante*, cuando el hombre logra entender su propia existencia como *Historia*, como testimonio destinado al tiempo ilimitado. Y esto precisamente se presenta cuando el hombre deja de tenerse a sí mismo como un hecho individual y aislado, como efímero, ser de un día y para un día, fundamento del estremecedor nacimiento de la Lírica europea con Arquiloco de Paros (siglo XVII a. d. C.). Frente a la condición efímera de estar sometido al día y a sus cambios, “*el ser Historia*” exige que el hombre entienda su actual existencia como destino que, a modo de eslabón, dentro de la cadena de la familia, tribu y pueblo, lo proyecte desde el pasado hacia el futuro. De manera definitiva tuvo que aprender a no despreciar el pasado, cautivo sólo de su presente, y a percibir que este presente suyo no es la aspiración terminal de su destino.

El final de este dramático proceso en Occidente tiene un nombre concreto: Heródoto de Halicarnaso. Tucídides lo cierra en su última esencia. Pero este proceso comienza visiblemente —tiene su autopsia literaria, su *ocular presencia* primera—, cuando en esta misma cultura empieza lo que llamamos *tradición*: en Homero, que hoy motiva nuestro encuentro. En Homero, el primer ancestro de la historiografía griega.

A las primeras tribus griegas, asentadas en los litorales del Egeo desde el año dos mil antes de Cristo, que dominan y se mezclan con los pueblos aborígenes, probablemente pudo venir a mientes la conservación de sus recuerdos como gérmenes de lo histórico. Pero la invasión doria del siglo XII impone tal censura y destrucción de memorias racionales, que los griegos de tiempos posteriores consideraron *la Puerta de las Leonas* y *Muros de Micenas* ciclópeos como obras de seres superiores al hombre. Las tribus fugitivas hacia el Este y costas del Asia Menor trasladaron a éstas sobre todo sus recuerdos, asegurando pronto su existencia y creando allí una alta cultura, donde no faltará una interpretación de todo lo existente como *espíritu*, raíz de toda cultura. En este espíritu nace y escribe el poeta de la *Ilíada*.

Él es, Homero, el primer acontecimiento de una gran síntesis creativa, el principio de los que Burckhardt llamó el “milagro griego”. Por lo pronto se trata del primer testimonio de la razón histórica: el poder mirar hacia atrás, la *retrospección memorial*. Una multitud casi inmensa de motivos y hechos del hombre se recogen en el Poema, que abarca toda una *gran tradición*. Segunda esencia de lo histórico, imprescindible también en la obra de arte, en su referencia a una idea unificadora, en la que se ordenan e integran todos los hechos y motivos: en el rencor de Aquiles, germinal *leitmotiv* de toda la obra. Todo el mundo griego, reunido bajo el toponímico de *Aqueos*, es concebido por el poeta como un pasado más grande y glorioso que, por sus gestas heroicas, queda separado de su presente. Aun dentro de este pasado se intenta penetrar a otras épocas anteriores en la figura del rey Néstor, que alcanza y habla de tres generaciones precedentes.

La concentración de múltiples leyendas y tradiciones en una *plural unidad* hace aparecer, por obra del poeta, la definitiva fundamentación del *primer espacio retrospectivo* de nuestra cultura, de un pasado lleno de vida a los ojos presentes. Este gran espacio es todavía mítico, es decir, su realidad no es una realidad verificable. Su propia verdad se fundamenta en la creencia y en la admiración. Pero este *mito* es la forma primitiva de la Historia, que reclama como exigencia imprescindible un *interés geográfico* y otro *étnico*. En esta forma mítica el poeta de la *Ilíada* ha puesto en orden para todos los helenos su *primer espacio histórico* con unos hechos en que se teje realidad y fantasía. Este poeta instaló a los griegos en el *tiempo*, como hace la auténtica Historia. Y no es mero recurso literario que cuando alguien pretenda ir más allá de la guerra de Troya a otros tiempos anteriores, esta primera gesta de los griegos o Aqueos sea para Heródoto y Tucídides el punto de orientación para una arqueología de la Historia sometida a la razón crítica.

Tercera sustancia de la Historia científica es la actitud de recordar. Cuando un pensador griego, a partir de Homero, dice *historía*, memoria y pasado, yo recuerdo, con su potencia verbal reduplicativa, símbolo fonético de la actividad pensante, no quiere dar a entender un recordar pasivo y callado, que termina en sí mismo. *Recordar* es actualizar, configurar. Consiste en llamar a la presencia, aquí y ahora, *lo pasado*, para que ofrezca la real energía de tiempos y hombres anteriores. De ahí que cuando un historiador griego diga, como Homero, "*he sido, he hecho*", en tiempo perfecto, indica que el modo de ser y de actuar continúa proyectando ahora sus esencias y efectos.

Es ésta precisamente la fuerza ejemplar iluminadora de Néstor cuando pone paz en la reyerta de los reyes, recordándoles activamente las fatales consecuencias que en otros tiempos tuvo similar controversia. Lo que indujo a Cicerón a llamar a la Historia *magistra vitae*. Narración de lo acontecido, encanto por su conocimiento, aclaración de sufrimientos, aciertos y errores pasados, expectativa de esperanzas mejores a partir de lo contado, constituyen el gran poder histórico de la epopeya homérica, que crea una época nueva y construye el pórtico y atrio de la primera Historia de Occidente y de Grecia. Por este atrio penetran con pretensión de mayor veracidad de los hechos los escritores del *ciclo épico* siguiente, realizando la primera *historización* de la Epopeya. Y, por su influjo, nace con Hesíodo la primera sistematización que se adentra en los comienzos del ser del mundo, en el origen del mundo desde el Caos, ordenando en el tiempo, categoría histórica, a los mismos dioses y a las cinco primeras generaciones de la Humanidad.

Es evidente que este proceso, en el largo desarrollo de la formación de una conciencia histórica, enseñó al hombre a *sentirse ya históricamente* en el marco espiritual del *mito*. Al final de esta etapa, que coincide con la aparición de lo que llamamos la *contemplación desde la razón controladora*, el hombre griego aprende a escribir Historia. No podemos olvidar que la razón buscaba también en el mito y en la creencia causas y aclaraciones racionales, pero en el siglo VI a.d.C. surge en Jonia otra potencia intelectual émula de lo mítico. Y en la confrontación entre creencia y razón brotan las grandes creaciones de la Grecia clásica.

No es fácil explicar causalmente el nacimiento del pensar autónomo orientado a lo real y objetivo, directa y ocularmente controlable. Probablemente tiene que ver con una general evolución de la existencia y del modo de vivir en las costas orientales del Egeo durante los siglos VII y VI. Su visible expresión es el impulso a conocer tierras y pueblos extraños, aquella sabiduría de la experiencia, que ya Homero atribuye a Ulises en el mismo preámbulo de la *Odisea*. *Hecateo de Mileto* es su primer testimonio y, por ello, el precursor inmediato de Heródoto. Recoge y trae a casa lo que en sus viajes considera digno de conocerse: nombres de pueblos, de países, de ríos y montañas, de formas de vestir, de alimentos, de costumbres de vida de otros hombres no helenos. Aparece el

primer relato *racional*, que da cuenta de la experiencia personal, que narra y novela como un modo de aclarar y deducir explicaciones.

En esta primera obra en *prosa* de nuestra cultura —lenguaje del *lógos*—, gracias a la motivación histórica y al control ocular, Hecateo ordena cuanto ha visto y resume, además, toda la tradición mítica sobre los héroes anteriores, que constituyen su *protohistoria*. Pero lo sorprendentemente nuevo es que nos hace percibir su visión escéptica de la realidad y de lo oído, sobre todo del *mito*, cuyas historias le parecen ridículas, y les infunde según su propio pensar, como él mismo asevera, una racional medida de credibilidad posible. De una parte narra lo que es digno de narración, es decir, el *Mito*, que es arcaica interpretación del Universo, y por otra destruye su realidad y esencia, que descansan en la admiración de lo asombroso. Pero es clara su voluntad de transmitir lo que, a su parecer, es plausible y aceptable, aunque esta actitud valorativa no constituye todavía la auténtica libertad de la crítica histórica. Esta exige siempre, como un acto de justicia, la recta mirada al ser de las cosas y de los fenómenos en su totalidad, o sea, la visión orgánica en su estricto sentido, que dispone todo en una unidad. Pero por su método de purificación racional, su *lógos* o *ratio*, por su modo de recoger datos y someterlos a límites creíbles, sin lo cual no puede haber Historia, Hecateo tiene el mérito de haber sido el precursor de Heródoto.

Pero éste último se hizo *Padre de la Historia* por distintos caminos al seguido por Hecateo; por su mirada hacia el pasado próximo, hacia la gran gesta de la lucha por la libertad griega frente a Persia, descubriendo algo que se revela entonces como dinámica esencial histórica entre Oriente y Occidente: la oposición radical de dos formas de vida en la Humanidad antigua. Y para justificar esta esencial revelación Heródoto acude precisamente a Homero. Y si bien deja en su propio marco arqueológico el material épico, continúa sin embargo su sustancia, reafirmando los rasgos racionales de la visión histórica general, impresos en la Epopeya y aclarados a la luz de la explicación racional sobre el conflicto nuevo entre los dos pueblos.

Toda la variedad de contenidos, reflejados en las diversas formas de lenguaje y de estilos, unificados en un dialecto mixto, y elevados al sumo arte de la difícil sencillez narrativa, aparecen unitariamente con respecto a todo lo escuchado y visto, que él narra con fidelidad, por más que le parezca a veces increíble. Porque primera obligación del historiador científico, como él mismo afirma, es *légein tà legónema*, *narrar cuanto se le dice*, que hasta le permite a veces dar dos versiones contrarias de una misma cosa. En este principio se descubre la más profunda y original característica de la Historia, más que el deber y la decisión crítica. Aquí aparece el respeto a la tradición y la sagrada obligación de conservar lo recibido como voz del pasado, que, aunque fuese falso, da testimonio del propio falsario, porque es un trozo de la vida misma. Con ello supera Heródoto la arbitrariedad (histórica) de Hecateo, que narra según propio parecer sobre palabras y hechos. En un pasaje central dice sintomáticamente Heródoto: “*Yo estoy obligado a narrar lo que se me cuenta, pero no estoy obligado a creerlo. Y esta palabra vale para toda mi obra*” (VIII, 152, 3). De esta *fidelidad* sintió personal alejamiento Tucídides, para quien la Historia es búsqueda de la verdad (I, 20, 3). Tucídides, el primero en crear la crítica histórica, tiene personal derecho a sentir malhumor hacia Heródoto. Pero este malhumor no cambia la radical exigencia de la Historia como un deber de transmisión, anterior a toda separación de datos creíbles o imposibles. Ciencia histórica es primeramente conocimiento, informe, relato, sin catarsis o subjetivas purificaciones racionales.

Como aclaración de esta fina consciencia herodótea, basada en *légein tà legónema*, bastará, para concluir, la reflexión siguiente: lo que Tucídides intenta como historiador es la *búsqueda de la verdad*. Para llegar a ella, a la estricta verdad, prescinde de la

historia de todo pasado lejano, que se basa en lo *narrado* y *vuelto a narrar* tras emigrar por distintos canales orales. Hace y escribe historia desde la experiencia alcanzable: la historia vivida por el propio historiador. Heródoto, en cambio, escribe Historia del pasado y permanece obligado a cuanto se le dice, que él a su vez recoge y trasmite.

El vocablo *alétheia*: *la verdad*, clave de la esencia histórica de Tucídides, obligado a desprenderse de todo cuanto no le parece aceptable, nunca aparece con tal sentido en Heródoto. Cuando éste habla de *alétheia*, se refiere a la verdad de las cosas que están ahí presentes y reales, como hechos o como narración ofrecida, no como algo irrefutable o corregible. Son las cosas que él contempla con sus ojos y palpa con sus manos, controlables por los sentidos: fenómenos de la naturaleza y de la cultura, una isla, un pirámide, una estatua, un templo: eso es *alétheia*. Para la verdad *histórica*, que se descubre en la criba racional, en el *lógos*, y no en un espacio real, Heródoto utiliza *atrekés*, que vale tanto como afirmar que este hecho, cosa o fenómeno o palabra, no están falseados y se narran sin tergiversación posible. Si en *alétheia* se distingue una manera de ser real y de ver, en *atrekés* se muestra una manera fidedigna de decir y de transmitir para el futuro.

Por tanto, la verdad histórica es para Heródoto rectitud, realidad irrefutable del *lógos narrado*, que nos habla en la palabra y en el documento escrito acerca de algo que ha existido. Y si preguntamos a Heródoto por la razón y sentido histórico de su obra, nos dará la siguiente respuesta: primeramente es deber suyo impedir que las palabras y aconteceres del hombre se debiliten con el paso del tiempo y se pierda la noticia de las obras admirables del hombre. En este mismo espíritu escribirá más tarde Tácito: "Considero como tarea importante de la Historia el procurar que no se olviden las virtudes del hombre y que los malos discursos y acciones perversas se vean amenazados por el temor de pasar a la posteridad y ser expuestos al deshonor". Heródoto es un conservador humanista, de lo humano. En segundo lugar, su intención singular consiste en seguir *causalmente* la lucha entre los helenos y los bárbaros, es decir, mostrar la primera gran confrontación de dos concepciones distintas, cultural y humana, entre Oriente y Occidente, que él descubre como *causas originales* del conflicto, elevando la primera intervención de un historiador a rango científico.

A esta categoría fundamental sumará Tucídides la nota esencialmente moderna: la historicidad política. Si Heródoto escribe Historia, Tucídides es el primero que la *investiga*, la restringe a un espacio real concreto, y desvela propiamente la causalidad histórica en estricto sentido. Se trata del primer desafío de un historiador a sí mismo, ya que es el primer historiador de Europa que describe el destino que él mismo ha padecido en una gran guerra, en la que el sujeto y el objeto del acontecer humano no es el hombre singular y extraordinario, sino *la comunidad de la polis*. Exactamente lo que nosotros podemos llamar realidad política histórica. Aquí culmina la mirada más penetrante y segura del narrador de Historia en Grecia.

La contemplación de la realidad inmediatamente anterior dirigió la intención de Heródoto al mundo de los hombres reales, con existencia indubitable, separando la creencia y el conocimiento, al par que creaba la primera síntesis de los hechos y de sus causas. Los lectores griegos estaban maduros para entenderla: la última mano, que palpa críticamente, es decir, discierne intenciones y señala causas en la tragedia histórica de la Guerra del Peloponeso, con Atenas vencida y Esparta arruinada vencedora, fue la mano de Tucídides, que la narra oyendo el ruido de espadas y escudos.

El impulso inicial de todo este proceso arranca de Homero. En su *narración mítica* despertó, para no descansar jamás, la consciencia humana del pasado, al relatar el choque de dos pueblos y apuntar a los rasgos esenciales del futuro pensar histórico. Acaso

en este sentido, con Heródoto en su memoria, escribió Aristóteles sobre la narración poética: “*La poesía es algo más serio y filosófico que la misma historia, porque esta narra lo dicho y lo acontecido, mientras la poesía narra lo posible.*” En esta posibilidad de adentrarse en las esencias del hombre está la grandeza del poeta Homero, a quien de un modo u otro es deudora nuestra cultura entera, sobre todo, el nacimiento de la Historia.

HATO DE ESTÁNQUEZ, 1889-1902:
POSESION COMUNERA DE TIERRAS.
APROXIMACIÓN AL ESTUDIO DE UNA FORMA DE TENENCIA
DE LA TIERRA EN LOS ANDES VENEZOLANOS*

POR ISAAC LÓPEZ**

A. *Introducción.*

El problema de la tenencia de la tierra en Venezuela es uno de los más graves y conflictivos dentro de su historia; sin embargo, no ha merecido la debida atención por parte de nuestra historiografía. Existen investigaciones de carácter general, pero se observa la carencia de trabajos que profundicen en este aspecto desde una perspectiva regional que logre una mayor comprensión sobre la historia de la propiedad de la tierra.

Al realizar el estudio de documentos pertenecientes al *Hato de Estánquez*, ubicado en el antiguo Distrito Sucre del Estado Mérida, al sureste del pueblo de Estánquez, correspondientes a los años 1889 a 1902, encontramos que la misma arroja las siguientes características:

1. A la propiedad se le denomina “posesión comunera de tierras”.
2. Se producen compraventas de “derechos o acciones” sobre la propiedad. Dichos derechos se dividen y subdividen por herencia y ventas.
3. Se dan transacciones de terrenos que además de un alinderamiento preciso, establecen límites generales en comunidad, que son los mismos para todos los documentos.

Esto nos llevó a realizar un arqueo general sobre el estado actual del estudio de la tenencia de la tierra en los Andes venezolanos, específicamente en el Estado Mérida, que nos sirviera de referencia para conocer y comprender el proceso de *Hato de Estánquez*.

Este trabajo fue presentado en el I Encuentro Trilateral de Historiadores en La Habana-Cuba, en marzo de 1991 y es producto del estudio sobre la propiedad territorial iniciado en la Cátedra “Aspectos Geo-Históricos del Estado Mérida”, dictada por la profesora Edda Samudio durante el Semestre A-89 en la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes. Colaboraron con sus valiosas orientaciones los profesores Eduardo Osorio y Alf E. López, y en la recopilación documental los estudiantes Aleida Chávez, Nirsa Torres, Milagros Arellano, Judith Paredes, Marcela Rangel, Carmen Pujol, Dulce Rivera y José Acacio Zerpa.

El autor es estudiante tesista de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes.